

Todo lo que sé lo aprendí de la tele. Filosofía para el teleadicto

Cappello, Giancarlo

Libro reseñado por Giancarlo Cappello (gcappello@pucp.edu.pe)

Si no ha escuchado hablar de Mark Rowlands y se guía de la fotografía del libro, podrá encontrarlo más próximo al rock y el surf que a la filosofía. Sin embargo, es un destacado profesor de la Universidad de Miami que ha publicado tanto textos académicos como de divulgación filosófica. El libro *El filósofo y el fin del universo. La filosofía explicada a través de las películas de ciencia ficción* (Vintage/Ebury, 2003) le otorgó notoriedad y con ello también se hizo de seguidores y detractores que compararon su texto, para bien y para mal, con el ensayo a propósito de “The Matrix” que desarrollara Slavoj Žižek. Pero lo cierto es que este aire de intelectual pop no desmerece su trabajo en *Todo lo que sé lo aprendí de la tele. Filosofía para el teleadicto*, original del año 2005 pero aparecido en español a comienzos del 2008.

La premisa que articula los distintos capítulos podría resumirse de la siguiente manera: la filosofía no ha muerto en la modernidad, sencillamente se ha mudado al televisor y desde allí la practicamos todos. Todos somos filósofos, todos abrazamos de alguna manera el ejercicio de reflexión alrededor de un problema cuando nos hacemos fervientes seguidores de un programa. El propósito, sin embargo, no se queda en la divulgación sino que actualiza algunos tópicos clásicos a la luz de la modernidad. Rowlands desagrega la manera en que ciertas narraciones de televisión presentan y plantean cuestiones como la moral, la ética, el conocimiento del yo, la responsabilidad, el sentido de la vida, la muerte o la justicia, por citar algunos ejemplos, para luego exponer cómo se ponderan en este tiempo moderno, cuáles son las disyuntivas que proponen y en qué circunstancias se viven.

Si el mundo antes de la modernidad se caracterizaba por una disposición ordenada o jerarquizada, con los significados y los valores que llevaba implícitos esa estructura, hoy esta imagen se ha desmantelado y lo que cunde es la “movilidad, tanto física como psicológica, que obliga a los individuos a reinventarse continuamente”(p.28). Si la vida moderna sólo se fija en el desarrollo de uno mismo, en la realización de cada cual y en sentirnos a gusto, entonces, ¿cuál es la mejor clase de persona que podemos ser? “La respuesta ya no nos viene impuesta por el lugar que nos corresponde en el mundo, sino que depende exclusivamente de nuestra propia elección. Se trata de una responsabilidad nuestra y es una responsabilidad enorme” (p.29). Entonces, ¿qué clase de valores debemos elegir? Despojados de un mundo de significados y valores jerarquizados, hemos de inventarlos nosotros mismos.

Para Rowlands, la televisión ha reemplazado al ágora y muchos de sus programas se dedican a analizar, examinar y observar estas preguntas, se trata de aproximaciones y tentativas de profundizar en preocupaciones concretas que forman parte de la vida cotidiana. Si Nietzsche filosofaba con un martillo, Rowlands lo hace con un televisor. ¿Puede la televisión ayudarnos a definir qué está bien o mal, desde un punto de vista moral? La única herramienta con la que cuenta el individuo para abrirse paso a una respuesta es el voluntarismo y el voluntarismo sostiene que todo valor reside en una elección. En ese sentido, la pantalla sería, según Rowlands, un gran espacio de circulación de ideas, información y mensajes, muchas veces contradictorios entre sí, pero que se instalan como referencias institucionalizadas. Las series de las que se vale el autor para desarrollar

su trabajo son todas conocidas, de modo que la lectura del texto se hace familiar y cercana. Por sus páginas desfilan *Buffy Cazavampiros*, *Los Soprano*, *Sexo en Nueva York*, *Friends*, *24*, *Seinfeld*, *Los Simpson* y *Frasier*. En lo personal, encuentro especialmente interesantes el capítulo segundo y el octavo.

En el primero de éstos Tony Soprano se enfrenta con Platón y Freud para tratar de desentrañar las relaciones interpersonales, presentadas a la luz de la modernidad como un mero cálculo de medios y fines. Rowlands plantea que la serie explora en una forma de juzgar o valorar nuestras relaciones con otras personas: en términos de qué nos aportan en comparación con lo que tenemos que hacer por ellas para conseguirlas. Las personas pasarían a ser recursos, financieros, emocionales, sexuales o de cualquier índole, lo que las reduciría a simples estimaciones que comportan una disyuntiva moral que el individuo debe enfrentar. Y la única vía para superar este dilema consiste en ser honesto consigo mismo. Pero, un momento, ¿qué es 'uno mismo' en este tiempo de la reinención y el relativismo? ¿Qué es el yo? ¿Cuál es la diferencia entre ser sinceros con nuestro propio yo y no serlo? ¿Cómo podemos saberlo? Es más, ¿hay alguna parte de nuestro propio yo que podamos conocer antes que otras? Para aplacar la neurosis aparece *Frasier* en el último capítulo para invitarnos a pensar no sólo estas cosas, sino en si vale la pena detenernos a encontrar en la series de televisión esto que Rowlands se esfuerza en mostrarnos.

El tono por momentos excesivamente didáctico del libro hace extrañar un mayor detenimiento en algunos puntos, así como referencias más concretas a las fuentes que nutren las ideas de Rowlands. Sin embargo, el mayor interés por este texto reside en la valoración que el autor otorga a la televisión como vehículo de pensamiento, quizá no se trate de una reflexión ortodoxa, pero sí de una práctica distinta que entiende al televidente no como una lamprea, sino como un sujeto capaz de ir más allá del sillón para encontrarse, reconocerse y construirse a partir de la práctica televisiva.

Si la modernidad echó por tierra los absolutos, el flujo de la televisión es un *continuum* paradigmático de la vida cotidiana. Parafraseando a Tony Soprano, bien podríamos decir: "Somos *televidentes*. Incluso en estos tiempos eso significa algo".